

Reseña a *Parménides. El canto del filósofo* de José Solana¹

Santiago ECHANDI
Universidad de Zaragoza

La Antigüedad clásica sigue ofreciendo protagonistas de literatura moderna: la dimensión psicológica de los personajes de la tragedia griega, el detallismo ambiental de los diálogos de Platón o el perspectivismo de los historiadores describiendo facciones, gentes, países y *causas* de los acontecimientos validan lo que decía Oscar Wilde de que “lo que nos llega de los griegos ya es moderno”. Pero en lo que va de Ulises a Hipatia, de Calígula a Adriano o de Ben Hur a Mario el epicúreo, Parménides es un personaje más inasible. Y eso que resulta muy sugerente visto en las circunstancias en las que fue fundada Elea por la generación de sus padres y las que revolucionaban la Magna Grecia cuando fue nombrado regidor y redactor de la constitución de su ciudad. Pero siempre pesará su desfiguración como el gigante de la filosofía presocrática al que Platón calificó de “venerable y terrible”. *Aidoiós kai deinós*; empezando porque en él se podría subrayar cómo una ingenuidad lingüística siembra la infección idealista y transmudana en la filosofía occidental, aunque no es menos cierto que toda la filosofía griega posterior tuvo que enfrentarse al argumento de la Vía de la Verdad: primero los pitagóricos y Zenón, aún próximos a él Empédocles y Meliso de Samos, poco después los últimos filósofos físicos: Anaxágoras, Diógenes de Apolonia, Leucipo y Demócrito.

Tuvo además dos “réplicas” particularmente interesantes. La de Gorgias en su tratado *Sobre el no ser*, un texto que puede ser, *onto-lógicamente* considerado, tan válido como el de Parménides, pero sobre el que pesa el prejuicio de reducirlo a simple broma dialéctica (que no podía seguir la filosofía occidental salvo en los ejercicios de la mística negativa). En realidad, Gorgias advierte cuánto de infatuación lingüística, no necesariamente lógica, puede darse en los vértigos de la referencialidad ontológica: los que sedujeron al biblista del Sinaí y a Anselmo de Canterbury, y contra los que parece que no cuenta Gaunilón ni el *nu* taoísta. Por otra parte, no fue menos implacable Platón en *Parménides*, *Teeteto* y *Sofista*. El *Parménides* es el texto más difícil del corpus platónico (hasta “sofístico”, suele decirse) y a la vez uno de los más relevantes: tras un proemio para crear ambiente, la primera parte hace autocrítica de la teoría de las Ideas a partir de la ontología de Parménides y en el posterior debate encara el eleatismo con los argumentos de la dialéctica zenoniana. Desde entonces todo se fue complicando

¹ Solana, José (2014): *Parménides. El canto del filósofo*, Barcelona: Edhasa.

más: Aristóteles, en beneficio de su propio sistema, destacó las intenciones ontológicas del poema; los neoplatónicos, partiendo de una lectura interesada del *Parménides*, reforzaron el carácter unitario del Ser; Hegel y los heiddegerianos acabaron por revestir a Parménides de una terrible solemnidad. Sólo los historiadores y los analíticos renovaron la comprensión del eleata destacando en la Vía de la Verdad su intención verificativa, *propedéutica*.

Así llegamos a un asunto clave que subyace en la novela que Solana ha dedicado al poeta filósofo de Elea. En contra de los que creen que nada se perdió con el olvido casi total de la segunda parte del poema, es de temer que se perdió la clave de un enigma apasionante. Porque obviando que como “científico” no parece haber sido un torpe aficionado y aceptando que la primera vía no es más aporética que el tratado de Gorgias, ¿cuál es el sentido de la Vía de la Opinión? ¿Por qué procede a un cuidadoso ordenamiento de saberes que parece que habían sido invalidados en la Vía de la Verdad? ¿Fue Parménides el repudiador de los sentidos y la *empeiria* en el que se complacen los idealistas? El autor ya examinó el asunto en un documentado estudio de carácter filológico y hermenéutico, *De Logos a Physis. Estudio sobre el Poema de Parménides*, Zaragoza, 2006. Reconocido investigador y editor de los testimonios y fragmentos del círculo ilustrado y sus rivales (Aspasia, Protágoras, los Sofistas y Sócrates) desde planteamientos que no son los más ortodoxos (vindicativos y políticos en el caso de Protágoras, muy cautelosos hacia la figura no menos política de Sócrates), también en este caso Solana propone una lectura del poema que no sigue los “camino trillados”, contemplando la Vía de la Verdad como argumento de verificación que articula el sentido descriptivo de la Vía de la Opinión, de tal modo que el poema entronca con las indagaciones en torno a las condiciones de Verdad lógica – ya provocadas al menos por las propuestas pioneras de Hesíodo –, con las preocupaciones de la física presocrática e incluso abre la posible reversión de sus argumentos y saberes como discurso para su ciudad, como discurso “político”.

El lector de *Parménides. El canto del poeta* no se ve enredado en estas valiosas pero especializadas cuestiones de historiografía y hermenéutica filosófica. No interfieren en una obra de intención marcadamente narrativa. Los aspectos más teóricos de la sabiduría del eleata no dejan de estar presentes en las ocasiones oportunas, y son apreciables para el lector avisado, pero su inadvertencia no desinfla el curso narrativo. Ese lector avisado reconocerá aspectos puntuales, guiños a cierta inflexión a lo Tucídides, la cita literal de Platón... Pero cualquier lector será estimulado por la descripción de la pesca (que fue fundamento de la economía de Elea) y la correspondiente ictiología, o las puntuales referencias botánicas, el mobiliario o los hábitos tabernarios y convivales. Participará del relevante interés hacia un asunto más *culturalista* como es la alfabetización de la cultura griega, su “escrituración”, que destaca ampliamente en la primera parte de la novela, y asiste a una trepidante sucesión de acontecimientos en la tercera parte, protagonizados principalmente por Zenón, que parecen preludear la historia posterior del sur de Italia, y en los que destacan los modos siempre conspiratorios de las heterías. La obra cumple así con los requisitos de la

novela histórica moderna: entretener y divulgar mediante unos cuidados procedimientos narrativos, argumentales (en sentido fuerte) y documentales.